

FIN DE UN BAILE.

Ante el gran patio del ministerio, blanco y crujiendo de nieve y alumbrado como en pleno día por las altas lámparas de su verja abierta de par en par y por el silencioso brillo de las ventanas de la fachada, unos cuantos coches esperaban aún á lo largo del muelle. De vez en cuando descendía una sombra, apresurada y friolenta, por la vasta escalinata guardada por dos jinetes inmóviles bajo sus capotes nevados. Á la salida de aquel invitado, que siempre parecía ser el último, la pesada puerta de cristales volvía á cerrarse como si la impulsara la misma fuerza que hacía caer á los lacayos en las banquetas de la antecámara para reanudar el sueño interrumpido, mientras que á través de las ventanas de los salones alumbrados y desiertos se oían los sonidos del canto y del piano, eco supremo de la fiesta refugiada en el primer piso, después de abandonar el bajo.

En la vasta escalera, adornada con palmas y rosas y perfumada y tibia como un invernadero, que unía los dos pisos, un pastor á lo Watteau, el señor Wilkie Marqués, secretario particular del ministro, estaba dando datos á dos señores de frac, uno de los cuales dibujaba

para el *Graphic* y el otro tomaba notas en un cuaderno de noticiero. Retenidos por la inauguración de una estatua de Jacquard en Lyon, aquellos señores habían llegado tarde al minué, que había sido bailado dos veces, sin embargo; una en los salones del piso bajo y otra para los invitados del primer piso.

— El momento más lindo de la noche, el que debe usted reproducir en el *Graphic*... — el secretario particular, un hombre delgado y calvo con cara de solterona, hablaba con aire de superioridad al dibujante del periódico inglés, un coloso que le llevaba la cabeza; el periodista era uno cualquiera... — es el momento en que las dos cuadrillas, marqueses y pastores, de cuatro parejas cada una, subían la escalera seguidas de una orquesta de oboes y de violines tocando el minué de Mozart. Cada pareja subía marcando el ritmo con sus movimientos y sus pasos, y, según opinión de todos, aquellos movimientos, aquella música, los reflejos del raso bajo las arañas, el nácar de las empuñaduras de las espadas, el oro de los cayados, las cintas, las monteras, las coletas, formaban un conjunto adorable.

— Ruego á usted me dé algunos nombres.

El secretario respondió, con la nariz en una de las rosas amarillas que enguirlaldaban el pasamano.

— La cuadrilla de marqueses ha sido dirigida por mi hermana Florencia, la hija política del ministro, y por su prometido, Claudio Jacquand, hijo del senador y gran manufacturero de Lyon, que ha debido usted ver allí en la inauguración de que viene... En parte, esta fiesta se ha dado por esos jóvenes... En la misma cuadrilla, la señorita Nadia Dejarine, hija del general ruso, antiguo prefecto de policía de San Petersburgo... Cua-

drilla de pastores: Elena Molin de l'Huys, sustituida á última hora por la señorita Dina, una nueva estrella del cielo parisiense, de la que he tenido el honor de ser el Babinet... con cayado.

Y guiñó un ojo y frunció los secos labios para subrayar su frase: « el Babinet con cayado », pues los Negocios Extranjeros no las oían con frecuencia de ese calibre.

— Notables también en la cuadrilla de los pastores Juanita Briant, sobrina de Marcos Javel, un ministro de ayer y de mañana, Octavia Roumestán, hija del gran *leader* de todas las derechas... ¿ Quién más? No recuerdo...

Antes de que recordase, un sonoro arpegio de un Pleyel con todos sus pedales resonó en el salón vecino, al mismo tiempo que una nota, un grito más bien, lanzado á plenos pulmones por una voz femenina, comenzaba la hermosa cantinela de Banville:

Quando la muerte implacable
Nos arrebató á los dos en un último beso...

Desde la primera nota, el canto se agotaba en un *diminuendo* rápido, anheloso, en el que la voz moría hasta ser un suspiro en los últimos sonidos.

— La señora de Valfón, la mujer del ministro, mi madre, respondió muy bajo el joven pastor á la pregunta muda del noticiero; y añadió con un tono de ligera ironía: « Ha cantado muchas veces durante la noche, pero le queda todavía vapor y lo está soltando para acabar... »

— Y ahora, permítame usted que me retire, murmuró el enorme dibujante que se caía sobre su álbum como

aplastado por aquella suprema avalancha musical. El noticiero, que había corrido todo el día tras de las mismas pistas que él, no parecía más descansado.

Los suyos eran los dos últimos gabanes del guardarropa, y para convencerse de ello sin duda, el secretario particular acompañó á aquellos señores hasta el vestíbulo, tiritando en su chaqueta florida y en su calzón encintado, mientras que el toque del *Angelus* vibraba á lo lejos entre las pálidas brumas del Sena.

— ¡ Qué dichosos son ustedes, dijo, que se van á descansar un poco !

El periodista se escurrió como una rata, sin responder. El dibujante del *Graphic*, detenido un segundo para encender un cigarro tan gordo como él, se volvió estupefacto:

— ¿ Pero va usted á trabajar á estas horas ?

— ¡ Toma, toma ! El ministro está ya en su despacho y yo tengo que reunirme en seguida con él... Vamos á sentar las costuras á Bismarck...

El joven diplomático añadió enseñando sus moños:

— Vestido de pastor á lo Watteau, sentar las costuras á Bismarck... Creo que esto es bastante Choiseul, Pompadour y antigua Francia.

Saludó con un ademán de su mano de mono, finamente enguantada, y al atravesar el inmenso vestíbulo dijo por encima del hombro:

— Ya no hay nadie, Granvarlet.

En los salones silenciosos de suelo resplandeciente donde flotaba todavía un olor compuesto de polvos de arroz, de trufas, de flores de estufa, sobre los desgarrones de tul, los papeles dorados, los cascabeles, las banderolas, los desperdicios, en fin, de un suntuoso

cotillón, los altos espejos irisados y luminosos reflejaban á su paso la silueta anticuada de un joven pastor que se estremecía de placer al pensar en el delicioso sueño que iba á echar hasta las doce del día y se reía solo pensando: « Y esa gente, que cree que voy á sentar las costuras á Bismarck, » mientras que el dibujante, en el muelle desierto y blanco de escarcha, plegaba de arrugas irónicas su cara moffetada y repetía con sorna:

— Ése cree que me he tragado que va á sentar las costuras á Bismarck...

El secretario particular se detuvo á tomar un *cocktail* en un ambigú servido en el primer piso y después entró en un saloncillo donde una mujer de la que no se veía más que la cabeza, de ojos largos y cargados, y el sabio escote blanqueado como una pared de mezquita, estaba cantando ó, más bien, soñando, con las manos en el teclado de un Pleyel de gran cola.

— ¿Dónde está el amo? preguntó el joven á media voz.

Al ver que no le contestaban:

— ¿Y Florencia? ¿Se ha acostado? dijo echando miradas curiosas á la cortina de perlas japonesas que separaba el salón de la pieza inmediata.

La cantante dejó ver una sonrisa distraída.

— ¿Florencia? No sé.

Y añadió con pasión:

— Escucha.

Tras de un acorde tembloroso, cantó con todas sus fuerzas los primeros compases de la romanza de Banville y se quedó con las pupilas agitadas, como en éxtasis.

El joven Wilkie, á quien ponía bizco toda manifestación exagerada, dijo, de propósito, muy fríamente:

— Esa canción es nueva, querida mamá; no te la conocía.

— Me la han traído esta noche... y estoy loca con ella.

Lo que no decía, lo que no podía confesar á su hijo ni á nadie, era que un momento antes, en aquel mismo sitio y al son de aquel mismo prelude conmovedor, había pronunciado el « sí » definitivo y dado la cita en que debía entregarse. Aquellas mismas notas, diez veces repetidas, evocaban el ansia de un joven señor de máscara inclinada sobre ella, rozando sus hombros con un aliento apasionado y recibiendo por fin de ella la promesa de sí misma...

En el fondo de la larga pieza donde Wilkie acababa de entrar levantando como si le rasgase el sonoro corcín de perlas, el dueño de la casa, casi oculto tras las mesas de juego, estaba hundido en un diván bajo y muy apretado con su hija. El ministro de Negocios Extranjeros, reducción de su padre el trágico Valfón, tal como le hemos conocido, con su crespa cabeza de mulato y su bigote blanco y desmayado, que tomaba en el hijo una inflexión más parisiense, desaparecía casi bajo las galas bullonadas de la señorita Marqués, tan alta á los diez y ocho años y casi tan mujer como su madre. El secretario particular, que no había visto al entrar más que á su hermana, se detuvo muy sorprendido cuando percibió al lado del montón de rosas y de bucles empolvados de su hermana, la cabeza greñuda del padrastro. No era la familiaridad de la postura lo que sorprendió á aquel joven pervertido, sino que su madre, sabiendo que estaban solos, no se mostrase más inquieta y permaneciese ante el piano, indiferente y alejada, contra toda su costumbre.

En la intimidad de los Valfón, nadie ignoraba, en efecto, que el gran disgusto en la vida de aquella mujer era la ternura demasiado viva de su marido por la hija que ella había tenido muy joven del primer matrimonio con su primo el portugués Marqués, muerto de apoplejía en plena Bolsa de Burdeos. Como sucede con frecuencia, esa pena se derivaba de lo que fué al principio una gran alegría. ¡Cuántas veces, al ver á su marido, aquel elegido del sufragio, aquel político formidable y sutil, arrastrarse por la alfombra de su cuarto con los niños Florencia y Wilkie, á quienes él llamaba « sus chiquillos », la señora de Valfón se había extasiado ante esa afición á las criaturas, ante ese instinto de paternidad, innato en aquel ser implacable!... Pero, después, cuando Florencia, precoz como todos los frutos del sol, llegó á los catorce ó quince años, su madre, que la había tenido á aquella edad, se alarmó por las intimidades inquietantes que se tomaba el padrastro y se lo hizo observar. Valfón, comediante de raza, aunque con otro escenario y otro repertorio, representó la indignación y declamó dando sus cortos paseos de la tribuna. ¿Él? ¿Aquella niña? ¿Quién podría creer tal cosa? No, renunciar á una sola de sus caricias, tan cándidas, tan puras, sería confesar que todas eran culpables. Y después, vamos á ver, si Florencia decía á su madre: « Valfón está enfadado; ¿por qué? ¿qué le he hecho yo? » ¿Se atrevería su madre á responderla? ¿No sería turbar aquel joven pensamiento tratar tan sólo de ponerla en guardia? Después de esto Valfón continuó su peligroso juego, engañado acaso por su propia mentira y afectó con su « Flofló » las libertades más tiernas y más íntimas, sobre todo cuando su madre estaba delante.

Desde entonces, se encendió en aquella desgraciada mujer una hoguera interior que le quemaba el pecho, que llevaba á todas partes con ella y que la calcinaba, y hundía sus ojos y sus hombros sin que ella profiriese ni un grito, ni una queja. ¿ Á quién quejarse, por otra parte? Á su marido era inútil, y su hijo, á la primera palabra que pronunció, no hizo más que reirse de sus sospechas. El tal Wilkie sabía, sin embargo, á qué atenerse, y mejor que nadie, pero su perversidad profesional le hacía sacar de las peripecias de la aventura cierto placer de espectador, sin contar con que Valfón estaba con él encantador y paternal, le instalaba en su despacho y le iniciaba en los negocios. No faltaba más sino que por una chochez de mujer, fuese él á indisponerse con el amo... Y el joven se alejaba haciendo una pirueta y dejando á la pobre mujer todavía más consternada. Estuvo tentada por confiar sus temores á su misma hija, pero Florencia era muy joven, muy inocente, y habría que subrayarlo todo, exponiéndose á turbar su candor, como decía el hipócrita de su marido. La madre retrocedió ante aquella atroz confidencia y la hija continuó sin comprender nada. Era la muchacha una soberbia criatura, de carnación deslumbradora, con ojos bovinos de gran comedora y hermosos dientes blancos separados y puntiagudos. Siendo muy pequeña, Valfón el viejo la llamaba « la hija del ogro » y el nombre caía muy bien á aquella criatura de una sensualidad inconsciente y que era ya aficionada á las alhajas y á los perfumes, á las ricas telas y á la carne fresca. Al crecer en medio del lujo que la rodeaba, aquella afición á un bienestar dorado aumentó naturalmente, y para que no se mezclase con él nada impuro, entre la perversidad del hermano y las caricias

hipócritas de un Valfón, era preciso que velase sobre la joven una fuerza oculta de inocencia, ese invisible tul protector que conserva blanca á una joven aun en medio de la impureza.

El mundo oficial, testigo de aquel drama de familia que los Valfón creían absolutamente oculto, le seguía y se interesaba en él. Cuando entraban en un salón ó en un teatro, las dos mujeres delante y detrás la cara canija del ministro, todo el mundo espía sus menores sonrisas y actitudes, se hacían sobre ellos pronósticos, se recogían síntomas y si para algunos todo estaba consumado hacia mucho tiempo, otros suponían por el contrario que Valfón, refinado maestro en el arte de gozar, permanecía de propósito al borde de su deseo. Todos admiraban la energía vital de aquel vejete á quien la pasión inspiraba un aumento de astucia y de actividad en lugar de amortiguárselas. La noticia repentina del matrimonio de Florencia con el hijo de Jacquand causó general estupor. Se creyó al principio en alguna invención del ministro, pero cuando el rumor se confirmó; cuando la larga silueta indolente del joven Claudio se mostró varias veces en la ópera en el palco de los Valfón acompañando á Florencia y á su madre; cuando el mismo ministro anunció el matrimonio como muy próximo, sin que nada cambiase en el modo de ser de las tres personas interesadas, los más afirmativos empezaron á dudar de lo que hasta entonces habían asegurado. Y muy pronto, con el aturdimiento delicioso que da á las opiniones de la sociedad un carácter descompuesto é infantil, nadie quiso ya oír hablar de aquel dudoso asunto que fué definitivamente archivado. Nunca, sin embargo, hubiera sido más interesante el seguirle.

Desesperado por el casamiento de Florencia, Valfón encontraba tales ventajas en la *combinazione*, que hubiera sido una locura no resignarse. En efecto, en su condición de presidente del Consejo se había comprometido á dar al rico y sedoso lionés Tony Jacquand la cartera de marina, vacante hacía dos meses, y en cambio Jacquand prometía pagar las deudas del ministro, el cual, antes de que el amor se apoderase de él, había sido un jugador tan desgraciado como tenaz. El lionés debía además darle los fondos necesarios para un gran periódico, influencia indispensable para el que quiere permanecer grande y fuerte en política como en literatura. El más ilustre y el más práctico de los escritores de este tiempo, Victor Hugo, lo ha comprendido así. Esa fuerza había faltado siempre á Valfón. Durante sus frecuentes pasos por el poder había dispuesto libremente de los periódicos ministeriales y de todas las plumas parásitas de los fondos secretos; pero el periódico propio para los tiempos difíciles, el arma ciega, cargada á todas horas, debía encontrarla en el equipo de boda de su hija, entre los encajes de Flandes y de Inglaterra. Solamente, la fatalidad quería que esa ocasión se presentase precisamente cuando su mujer, distraída por un coqueteo sin consecuencias con aquel rubillo amigo de Wilkie, no se mostraba ya celosa y cuando Florencia, largo tiempo insensible y muda, empezaba á vibrar á los halagos y las caricias de su padrastro... ¡Bien podía el tal Claudio Jacquand, haber retardado su petición por dos ó tres meses!...

Para darse cuenta de la furiosa crispación en que vivía hacía algún tiempo el ministro de los Negocios Extranjeros, habría que hojear el periódico *Oficial* de

aquella época, sorprender en nuestra política exterior, de tal modo prudente de ordinario que parece miedosa, las genialidades y las resoluciones nerviosas que resultaron de las contrariedades íntimas de Valfón. Aquella noche, sobre todo, en el baile dado en honor de los prometidos, tan galanamente disfrazados, el presidente del consejo había manifestado un humor de jabalí y dado á diestro y siniestro uñadas y mordiscos á todos, chicos ó grandes, los que tuvieron con él el menor contacto, mientras que, por un contraste bastante ordinario, la señora de Valfón, radiante, acogía ó despedía á sus amigos con una sonrisa de languidez y de benevolencia.

— ¿Pero qué sucede en casa? pensaba el joven Wilkie al sorprender á Florencia y al ministro en tal intimidad tan cerca de su madre.

Tosió para llamarles la atención y dijo aproximándose:

— Florencia, se va á publicar en el *Graphic* un hermoso retrato tuyo vestida de marquesa: he dado tu fotografía y la de Claudio, tu prometido, dirigiendo el cotillón. Hablando con un noticiero que estaba ahí fuera, he recalcado bien estas palabras: «Tu prometido».

— Ya no lo es...

La joven levantó la cabeza y solamente entonces su hermano advirtió que estaba llorando.

— ¿Pero qué te sucede, mi querida Flofló?

La respuesta fué el canto á plenos pulmones de la señora de Valfón, que entonaba en el salón inmediato, detrás de las temblorosas perlas, la canción consabida; pero no pudo acabarla porque el ministro gritó, ebrio de rabia y en un olvido loco de las conveniencias:

— ¿Quieres callarte, por fin, ira de Dios?

Florencia y Wilkie palidecieron mirándose. Nunca le habían oído tratar á su madre con tal dureza. La de Valfón apareció indignada y trémula.

— Los criados están aún en pie y te han oído, dijo friamente.

El ministro se avergonzó de su violencia, sobre todo por estar en presencia de los hijos, y trató de bromear sin cuidarse de las notas falsas que ocasionan esos hábiles cambios de tono.

— He gritado un poco para llamarte y dominar tu voz de contralto... Te necesitamos aquí... Pregunta á Florencia lo que sucede.

La mujer miró á su hija.

— ¿Qué es ello, pues?

Florencia quiso hablar. «Mi casamiento... acabado... roto...» Su voz se extinguió en un sollozo. Su madre vino en seguida á sentarse á su lado en el diván y le cogió las manos enternecida por su pena, pero sin poder creer lo que oía... ¡Qué niñada! De fijo habían regañado á propósito de supersticiones, de prácticas religiosas; seguramente por nada serio.

— Sí... sí... muy serio.

Y toda roja y en lágrimas bajo su tocado Luis XV, la infortunada marquesa echaba á perder la pintura y los lunares de sus mejillas.

— Pero, en fin, puesto que conoces el flaco de ese buen Claudio, dijo la señora de Valfón, tan dichosa aquella noche que le parecía inverosímil toda pena en un ser querido; ¿por qué le has hablado de religión?

El ministro preguntó vivamente:

— ¿Pero es cierto? ¿Es la mojigatería la causa de vuestro enfado?

— Hay también otra cosa, pero eso sobre todo.

Valfón arrugó con una risa cínica todos los rasgos de su fisonomía canallesea.

— ¡Es fuerte cosa!... ¿De dónde sale, pues, ese brazgas, para creer en tales necedades? No quedaban más que dos católicos en Francia, él y otro que ha muerto hace mucho tiempo.

Wilkie saludó la frase del jefe como á cosa de antiguo conocida y dijo :

— Cuidado, Valfón; puede que te engañes; la generación que llega es creyente y mística...

— Es posible... El ministro se encogió de hombros... En todo caso, no sé qué quiere ese Claudio Jacquand... Por complacerle he consentido en el matrimonio eclesiástico, lo que me va á poner de punta con todos mis electores de *Belleville*... ¿Qué más puede desear?

Apaciguada con el contacto de su madre, la joven respondió sencillamente, sin mucha emoción:

— Necesita otra mujer que yo; no me lo ha ocultado.

— ¡Estás loca!

— No, mamá, no soy yo, sino él, quien lo está por esa Dina, la hermana de Raimundo.

— ¡Diablo! Eso sí que es serio.

El secretario dijo esto entre dientes, pero Valfón le preguntó en tono áspero:

— ¿Por qué es serio?

— Pues porque esa pequeña, con su sombrerillo de pastora nos ha embrujado á todos durante los dos minutos: el viejo Dejarine, Marcos Javel, el gordo Numa, todos chillados. Yo lo sé mejor que nadie, que he sido el caballero de la muchacha, y no me asombra que

Claudio se haya inflamado á distancia y tan rápidamente.

Valfón, con la fisonomía impasible y de pie enfrente del diván en que estaban sentadas Florencia y su madre, se roía las uñas con furor, único indicio de agitación íntima en aquel hombre siempre dueño de sí mismo.

— Vamos á ver, Flofló, dijo de pronto; ¿qué ha pasado entre vosotros, exactamente?

— Pues esto.

La joven hablaba con los ojos entreabiertos, aplastando el complicado mecanismo de su peinado contra el hombro desnudo de su madre y abriendo y cerrando á cada palabra las varillas de marfil de un pequeño abanico indiano delicadamente trabajado y que producía un ruido de castañuelas.

— En cuanto la señorita Eudeline llegó con el traje de Elena de l'Huys, Claudio no fué el mismo. Distráido, mal humorado, siempre acechando á la pastorcita liliputiense. Entre los dos minutos no se pudo contener y fué preciso que Raimundo le presentase á su hermana. Bailaron juntos dos veces y Claudio la llevó al ambigú, á donde los seguí. ¡Ah! no hacían maldito el caso de mi persona. Yo veía á la enana hacer monadas y morder un sorbete con la punta de los dientes hablando de la eficacia de la oración. ¡Cuando yo os decía que la religión tenía la culpa de nuestro enfado! Los dos han hablado de ella toda la noche. Parece muy fuerte en teología esa pequeña, con sus medallas benditas que danzan sobre el escote... Cansada de toda aquella maniobra, advertí á Claudio que si bailaba otra vez con la telegrafista, acabaría todo entre nosotros, y él respondió que se había comprometido con ella para el próximo

vals. — Pues bien, le dije, excútese usted con ella, y le ví dirigirse á la joven mientras la orquesta preludiaba el vals anunciado. Parecía reflexionar, vacilar...

— Vacila siempre, dijo Wilkie; es su naturaleza.

— Pero, no la mía.

Al pronunciar con cólera esta frase, Florencia se levantó y dijo con la cara inflamada por aquel ofensivo recuerdo: « Á pesar de todo, bailó el vals con ella. »

Un torrente de lágrimas nerviosas la impidió continuar y el pequeño abanico cayó á la alfombra desparamando sus varillas de marfil. La señora de Valfón, conmovida por el dolor de su hija, aunque pensando en otras historias, le cogió la mano con vagos consuelos.

— Déjala acabar, murmuró el ministro.

— ¡Oh! No pasó más. El tal Claudio no tuvo la insolencia de venir á buscarme para el cotillón que debíamos bailar juntos. Yo pretexté una indisposición para dejarle el recurso de venir á sentarse á mi lado á pedirme perdón; pero él volvió á su telegrafista y han estado bailando los dos hasta las dos de la madrugada. Decidme si eso no es cobarde.

Hubo un momento de silencio y de angustia. La luz indecisa del alba blanqueaba los cristales y hacía palidecer las luces mientras se oía el sordo rumor de París, que empezaba á vivir, los pasos furtivos de los criados, el retintín de las arañas al ser apagadas y el estallido aquí y allá de una arandela. Las imágenes de las luces agonizantes se reflejaban en el fondo de los espejos, y aquellas cuatro personas de ideas y de trajes tan diferentes, aquel pastor y aquella marquesa Luis XV, aquel ministro de la tercera República, de frac y con el gran cordón de una orden rusa al cuello, agrupados todos en

un rincón de la sala de juego se miraban con ansiedad y sin dejar ver más que la mitad de sus pensamientos. Tantos sucesos se habían desarrollado en aquel baile, ya pasado á la categoría de un sueño! Los violines del minué de Mozart, con sus compases graves, casi solemnes, se llevaban muchas ilusiones y muchas esperanzas y dejaban también algunas. Los rasgados ojos de Florencia estaban bañados por dos enormes y brillantes lágrimas de orgullo; los de su madre fulguraban rayos de una alegría oculta; y á pesar de lo que perdía con no realizarse el matrimonio de su hijastra, Valfón pensaba con delicia en que no se separaría de ella y podría aún tenerla sobre sus rodillas y estrecharla contra su corazón. No era, pues, más que una semicólera la que fruncía sus bigotes al acusar á su mujer de ser la causa de todo con su capricho por aquella familia de mendigos.

— Los... los... ¿cómo se llama esa gente? ¡Ah! sí; los Eudeline... Nos trajiste primero al hijo, con su cabeza de oficial de peluquero que trata de pescar un buen casamiento con sus tenacillas de rizar... Después el hermano... luego la hermana, la pequeña Dina, que me parece también una solemne farsante.

La señora de Valfón protestó valientemente.

— Cállate... La hermana, te la abandono... La he visto una vez y no la conozco... Pero él, Raimundo, esa existencia admirable, ese mártir de la familia, hermoso como Jesús á los veinte años y crucificado toda su vida, ése es demasiado divino y está muy por encima de tu raquíptico egoísmo... No hables más de esto; te lo prohibo.

La fiebre de la velada, el amor, la indignación, el ultraje de un momento antes, que estaba sobre su frente

en una arruga visible, todo contribuía á exaltar y transfigurar á aquella hermosa mujer que, con sus hombros y sus brazos soberbios, volvió á adquirir por un momento las líneas puras de su cara de otros tiempos. Tan fuera de sí se hallaba que á no estar en presencia de sus hijos hubiera gritado á su marido, aquel infame aquel pérfido, que tanto la había hecho sufrir: « Si, eso de que hablas es hermoso, le amo, y esta noche, aquí, muy cerca, me he prometido á él; ¿entiendes? prometido... Habla ahora; atrévete á hablar, y yo tendré también buenas cosas que responderte. »

El marido lo comprendió tan bien y se vió en presencia de tal explosión de cólera, que no insistió.

— Después de todo, si yo pierdo un periódico, el viejo Jacquand pierde un ministerio, pues no puede suponer que irá á dárselo después de la algarada de su hijo.

— ¡ Oh! Claudio no tiene gana alguna de ver á su padre ministro, porque tendría que ir él á Lyon á vigilar las fábricas.

Florencia, de pie ante el espejo y ya un poco consolada, hablaba tranquilamente de su fracaso mientras se quitaba las flores de los cabellos. Su padrastro la abrazó por el talle con aquella ternura ambigua de que estaban impregnados todos sus ademanes con ella.

— Vete á dormir, vete, Flofló mía; aun habrá que hablar de ese asunto. Por muy majadero que sea tu lionés podrá comprender que no hay necesidad de casarse con una chiquilla que puede tan fácilmente ser su querida.

Florencia movió la cabeza.

— Bien se ve que no le conoces.

— Florencia tiene razón, dijo Wilkie, que estaba muy ocupado en hacer entrar en orden el abanico de su her-

mana... Claudio es un pobre hombre que se creería perdido en este mundo y condenado en el otro si hiciese el amor á una joven con mal fin. Estoy seguro de que si realmente está enamorado de Dina, irá á pedírsela á la mamá. Tardará en hacerlo, eso sí, porque es una oscilación perpetua ese muchacho. Eso consiste en su alta estatura. Declaro, pues, á mi querida Florencia que por poco que ella lo desee — y aproximó á la joven su carrilla ajada y maliciosa, envejecida más aún por el raso brillante de su traje — me encargo de reconciliarla con Claudio, y de componer esa boda tan fácilmente como este abanico.

La joven tomó la alhaja cuyas piezas parecían muy hábilmente colocadas.

— ¿ Y cómo harás?

— Es mi secreto y no se le confiaré más que á nuestra madre, que nos ayudará cuando llegue el caso... ¿ Oyes, mamá?

— ¿ Qué? preguntó la señora de Valfón, vuelta de sus ensueños.

El ministro, que descifraba á su mujer corrientemente, dijo con su voz falsa y algo burlona:

— ¿ Lo veis? Vuestra pobre madre no oye nada. Está rendida de sueño... Vamos á acostarnos, hijos míos...

Mientras los tres se dirigían á sus habitaciones, aquellas salas de ministerio suntuosas ó coquetas, á las que un tapicero inteligente, bajo la dirección de Wilkie, el artista de la familia, había quitado su aspecto de antiguo hotel amueblado, la pequeña Dina, causa inocente de aquella agitación, dormía al lado de su madre ó, acaso, fingía dormir, detrás del biombo, en la trastienda de la Lámpara maravillosa. La señora de Eudeline hubiera

querido hacer hablar á la muchacha y pedirle detalles del baile, pero Dina se caía de sueño, y la pobre madre con esa dificultad de las personas de edad para dormirse pasada cierta hora, hacía esfuerzos para permanecer inmóvil en la penumbra de una lamparilla y escuchaba el aliento imperceptible de su hija al mismo tiempo que los paseos nerviosos de Raimundo en la habitación de arriba.

Aunque hacía más de una hora que había traído á su hermana, el joven no podía decidirse á meterse en la cama. Sereno sólo á medias, se paseaba bajo aquel techo tan poco elevado que le rozaba con los polvos del peinado. De vez en cuando se detenía y miraba con desprecio la cama de hierro, el armario y la mesa de pino y las tres sillas diferentes que componían su ajuar. ¡ Ah ! ¡ Qué contrastes en nuestra existencia parisiense brillante bajo las arañas, como el diamante ó el talco, y que después se apaga al entrar en la oscuridad de las inquietudes, en la miseria del hogar ! ¡ Cuántos malos pensamientos pueden inspirar á la mente de un joven bachiller sin un céntimo ni más que un frac y algunas buenas relaciones, cuando al salir de una fiesta deslumbradora vuelve á encontrar por la mañana su triste cuarto de huésped ó el pobre albergue de familia ! ¡ Qué ensueños feroces sobre las reivindicaciones sociales por medio de la dinamita ó el petróleo si el muchacho es de mala índole y su angustia se convierte en envidia ! ¡ Qué estériles y vanidosas fantasías, cuando se trata solamente de un ser mediano y débil !

Ante la mesa atestada de libros de derecho en la que la señora de Valfón resplandecía con todo el brillo de sus ojos y de sus hombros en un bonito marco de

felpa, Raimundo con la lámpara en la mano pisaba de orgullo al pensar que aquella mujer, la mujer de un hombre de Estado, una de las que se ocupa Europa entera, hacía un momento le estaba contando, sentada al piano y muy bajito, lo más íntimo de su vida y murmuraba á su oído :

— Ámame... consuélame....

Mientras ella hablaba, el ritmo de un vals lejano acunaba las declaraciones de aquella voz profunda y un poco velada. Una multitud de gente se aproximaba : senadores, ministros, diplomáticos, resplandecientes de cruces y bordados. Ilustres cráneos se inclinaban ante ella y acentos extranjeros la cumplimentaban por la fiesta. Ella no se distraía y apenas daba respuesta, con una mano sobre el teclado y la otra oprimiendo los afilados dedos que surgían de los vuelillos bordados de un marqués, aquellos dedos que ella trituraba con toda la fuerza ciega de sus nervios, sin cuidarse de evitar que alguien la viera. ¡ Oh ! ¡ Qué burlona mirada la de aquel jorobado, un diputado amigo del ministro, que vino á felicitar á la señora de Valfón por el éxito del minué ! Aquella mirada de envidia y de lúbrica ironía siguió la curva del hermoso brazo hasta sorprender su caricia. ¡ Cuánto hubiera él dado por estar en lugar de Raimundo, por recibir como él el homenaje de una pasión semejante, aun al precio de la miseria y de aquel repugnante camaranchón !

Desde su cama, detrás del biombo, la madre, que vigilaba todos sus pasos, le oyó bajar á tientas para coger agua en la cocina y le preguntó á media voz :

— ¿ Pero no te acuestas, hijo mío ?

— Pues tú tampoco duermes, mamá. ¿ Y Dina ?

— ¡Oh! Ha caído en la cama como una piedra. Ha debido bailar mucho.

— Toda la noche. Eso era seguro, porque el minué ha sido un triunfo para ella.

Las madres no saben nunca nada, ó jamás bastante al menos.

— ¡Miren la disimulada!... murmuró la voz de la viuda; no me ha dicho nada de todo eso. Y hasta la encontré la cara preocupada cuando se estaba acostando.

Raimundo se acercó al biombo y dijo muy bajo :

— ¿Estás segura de que duerme? Pues oye: No puedes figurarte cómo estaba tu hija de pastora y cómo se ha metido en el bolsillo de su delantal á todas las del baile. Por todas partes se oía : « ¿ Pero de dónde ha salido esta alhaja? » Hasta Marcos Javel....

— ¿ El nuestro?

— Sí, nuestro Javel, que no se separa de los Valfón porque hay un ministerio vacante en el Gabinete y espera obtenerle. Á él también le ha hecho Dina una gran impresión.

Es necesario que vaya á bailar á su casa, á un baile que piensa dar el día del cumpleaños de su sobrina Juanita. En tu nombre y en el mío he prometido llevarla, como supondrás. Javel puede sernos muy útil y es un hombre tan amable, tan servicial.... Se juzga mal á esa especie de hombres. Lo mismo que Mauglas, el escritor, ¿ te acuerdas? Á creer á todo el mundo era un polizonte encargado de seguir á los emigrados rusos en París. Había pruebas y el mismo Antonín volvió de Londres afirmándolo resueltamente.... Pues bien, no hay tal cosa. He encontrado á Mauglas esta noche en el baile, muy rodeado, muy atendido, y todo el mundo

hablaba de su último estudio sobre las danzas corintias en la *Revista*. Ese hombre no tiene el aspecto de un polizonte.... Nos ha hablado maravillas sobre el origen del minué., y yo estaba muy orgulloso por encontrarle allí.

La viuda de Eudeline no cabía en el pellejo, detrás del biombo, al pensar que Raimundo y Dina conocían á toda aquella brillante sociedad. ¡ Qué alegría para su pobre padre si pudiera ver á sus hijos metidos en el gran mundo parisiense! Y en la agitación de aquellas esperanzas maternales, pensando en el espléndido porvenir que se abría á sus hijos, la buena mujer se volvía y se revolvió, y hacía crujir la cama de hierro, en cuya cabecera velaba una virgen de yeso, al lado del cuadro de primera comunión de su hija y grandes rosarios benditos colgados en la pared. De repente dijo en voz baja, con la boca pegada al biombo :

— ¿ Y tú, Raimundo, no me hablas de tus éxitos? Porque los tienes, estoy segura. ¿ Eres dichoso?

— Sobre toda ponderación, mamá, dijo Raimundo con énfasis.

— Bien lo mereces, porque eres bueno y hermoso.

No podía verle, pero se representaba á su lindo rubillo de calzón corto, zapatos de hebilla y coleta. La botella de agua que tenía en la mano envilecía un poco su actitud, pero la madre no pensaba en esto.

— Ella es, sobre todo, la que es buena y hermosa. ¡ Ah! mamá; si la conocieras....

— Tienes razón; tiene su cara un aire de bondad.... Todos los días la miro cuando te arreglo tu cuarto. Lo que no me explico bien es su edad, pues, en resumidas cuentas, Wilkie tiene veintidós años, como tú. Es verdad

que yo me casé entradita en años y ella muy jovenzuela según me has dicho.

— Una niña, una criatura, cuyo primer marido se divirtió con ella como con una muñeca y á quien el otro ha hecho sufrir... ¡Ah! el miserable... Que se ande con cuidado, porque ahora tiene ella quien la defienda.

— Ten prudencia, hijo mío... Ese Valfón es un hombre temible.

— No le temo. Hace dos años que tiro las armas dos horas diarias en la Asociación. Además, tranquilízate, añadió al oír el suspiro de espanto de la pobre madre... Valfón es tan cobarde como malo. Tiene fama de gran tirador y le toman por árbitro en cuestiones de honor... pero no se bate nunca. Y, vaya, con esto buenas noches, querida mamá, ó, mejor dicho, buenos días. Me voy á la cama.

Por fortuna Raimundo no había bajado la lámpara y la vaga claridad de la lamparilla, oculta aún por el biombo, no permitió á la señora Eudeline ver una ligera sonrisa que flotaba en los labios entreabiertos de Diná, la cual, con los ojos cerrados y la respiración acompesada por el sueño, no había perdido ni una palabra de toda la conversación.

III.

UNA AVENTURA AMOROSA.

Á los veintidós años Raimundo Eudeline, guapo muchacho, de aspecto cuidado como todos los jóvenes de hoy, esperaba todavía su primera aventura amorosa. No se podía, en efecto, dar este nombre á sus relaciones con Genoveva, tan lamentablemente terminadas, ni á sus excursiones efímeras con algunas muchachas del barrio latino. Su cita con la señora de Valfón era el comienzo de su vida galante y como la aurora de una carrera de seducción. Recibido hacía meses en casa de aquella hermosa matrona, á quien sus veinte años y sus dorados bucles habían desde luego vuelto el juicio, Raimundo hubiera sido en seguida dueño de la plaza sin la absurda timidez de su edad.

¿En qué consiste esa timidez de un ser joven, inteligente y bello en presencia de la mujer? ¿En qué esa torpeza invencible de la actitud y de la palabra que puede llegar hasta la grosería y que la mujer no puede nunca figurarse en toda su intensidad? La neurosis, ante todo; la neurosis debida á causas múltiples y complejas, entre las cuales la más común es la falta de dinero ó, más bien, la falta de costumbre de tener dinero. ¡Cuántas veces, si hubiera estado más en fondos, si hu-